

CUENTOS DE MANANA

Carcajadablas

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto





CARCAJADABLAS
Cuentos de Manana

©Mariana Acosta S., 2010
Zanzibar Poniente 7760, Las Condes
Santiago, Chile
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño de la colección: Caterina di Girolamo A.
Edición de texto: Tania Encina V.

RPI N°: 19.1.576
Todos los derechos reservados

Carcajadablas

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto





Hace mucho tiempo, en el bosque de "Carcajadabras", el lugar donde primero ríes y luego hablas, todos los animales se entretenían jugando entre ellos.

Cada vez que alguno hablaba todos explotaban en carcajadas. Los hurones perseguían a las zorrillas, lanzaban bombitas con miel y quedaban amarillas.

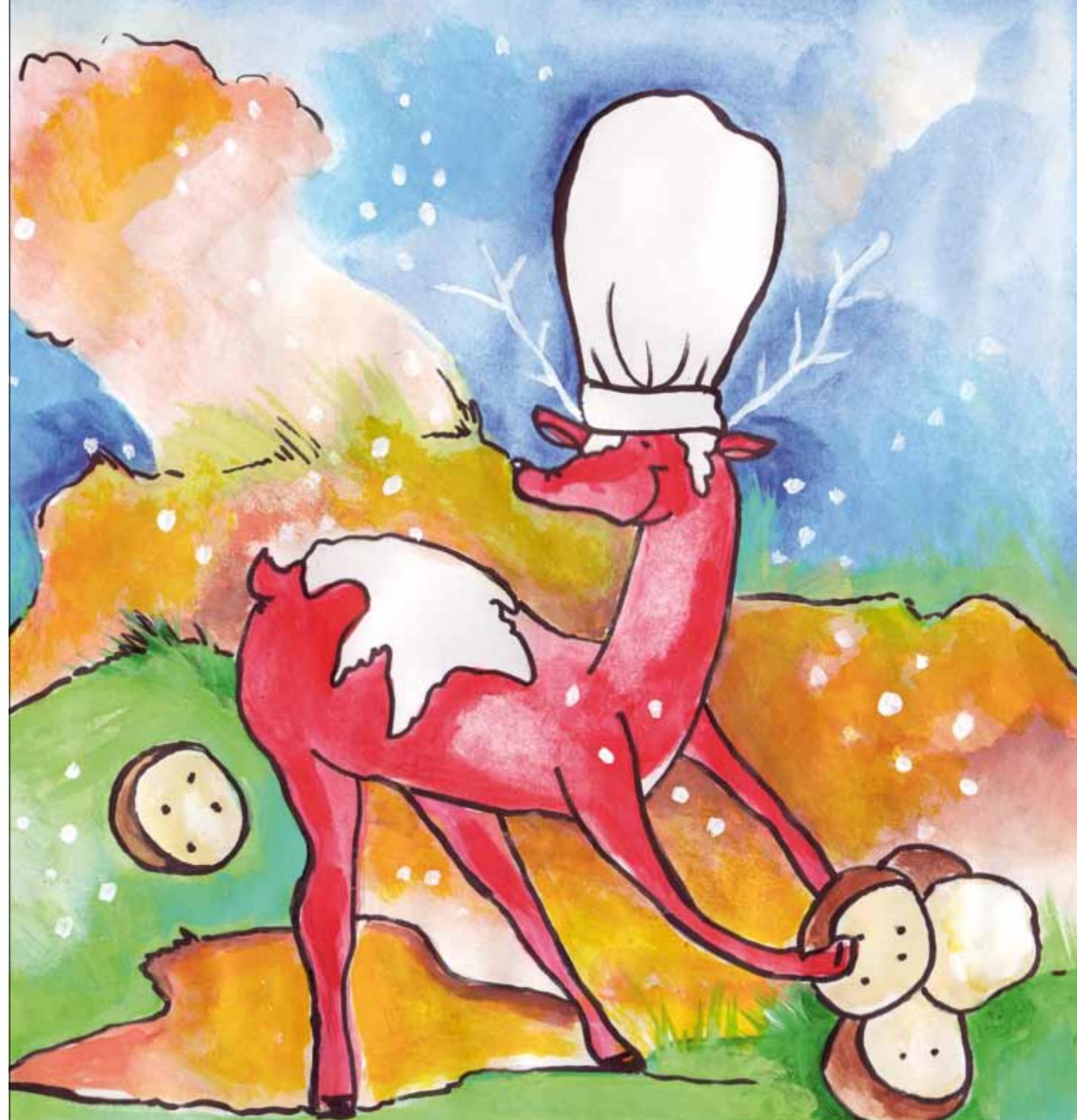




La lechuza emplumada se escondía en un "Alcornoque" y asustaba a los mapaches jugando al palitroque.



El ciervo colorado cocinaba pan amasado,
y derramaba la harina gritando que por fin había nevado.





El sapo, la rana y el ratón saltaban sobre el oso peludo,
le picoteaban la nariz para sacarle un estornudo.



Pero en medio de "Carcajadablas" había un viejo Roble, que se robleaba con el viento y entre sus ramajes vivía escondido un pequeño puercoespín, ni tan grande ni tan pequeñín.

No supe si se llamaba Pancho Pincha Espina, o... Pincha Espina Pancho... la cosa es que siempre miraba desde lo alto cómo jugaban sus amigos:

—¡Qué suerte que no tengan espinas, qué pena no poder jugar, si me abrazan o me tocan de seguro se van a pinchar! —exclamaba agachando su cola, cuando lo invitaban a carcajear.





Cuando llegaba la noche y todos dormían, él bajaba por el tronco dándose volteretas: –¡Ruedo hacia adelante, ruedo hacia atrás, rascándome la espalda pipiripiri-pipiriprás! –cantaba cada vez que se enroscaba. Apenas salía el sol corría nuevamente a esconderse en el árbol.



Un día en que los hurones, las zorrillas, la lechuza, los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana, el ratón y el oso peludo estaban jugando a las escondidas, sintieron un terrible ruido, la tierra empezó a moverse y un polvo gris se acercaba velozmente hacia ellos.

—¡Todos a correr, busquemos un refugio que nos pueda proteger!
—gritaron todos con plumas y pelos parados.

Los hurones, las zorrillas, la lechuza, los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana, el ratón y el oso peludo, corrieron despavoridos hasta una cueva oculta en un rincón del bosque.

Se escondieron apretados y con los ojos bien cerrados.





El ruido estridente de gritos y zapateos era aterrizante, ¿sería una manada loca de elefantes?, o ¿monstruos lanudos con cuernos humeantes?

El puercoespín, ni tan grande ni tan pequeñín, miraba escondido entre el follaje de su árbol –¿Qué ocurría en “Carcajadabras”, por qué habría tal alboroto?, ¿sería una tormenta o acaso un terremoto? –se preguntaba con sus espinas tiritonas.



De pronto aparecieron los niños y niñas de la aldea que venían de paseo. Traían botellas para recolectar tesoros del bosque, papeles de diario para hacer volantines, caramelos, queques y jugos para pasar el día.

Corrían sobre los musgos, se colgaban de las ramas, saltaban sobre las plantas y cortaban las flores para hacerse collares. Atrapaban cuanto bicho se les cruzaba y disfrutaban con el eco que producían sus gritos entre los árboles.





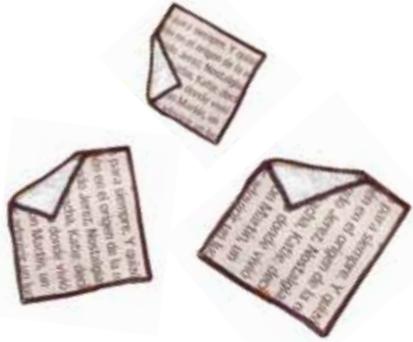
Cuando faltaba poco para el anochecer los niños y niñas volvieron a su aldea, cansados y con sus estómagos inflados de tanto comer.

El puercoespín, ni tan grande ni tan pequeñín, salió de su escondite y se vio rodeado de una gran montaña de botellas, papeles y cajas sucias y malolientes.

Al ver que sus amigos no estaban se preguntó con un lagrimón atravesado en su garganta:

—¿Dónde estarán mis amigos, dónde se habrán escondido?, con este basural, ¡quizás las moscas se los han comido!

Bajó a buscarlos con dificultosas volteretas esquivando la basura.



Buscó en árboles, ríos, y hasta en la luna, pero no los encontró.
Se detuvo en silencio con sus ojos llorosos sin saber qué hacer.

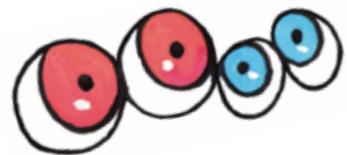
De pronto a la distancia escuchó un murmullo que provenía
de unas rocas ocultas por el cerro de desperdicios.
Se acercó rodando lentamente con sus volteretas y escuchó
el lamento desesperado de los hurones, las zorrillas, la lechuza,
los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana, el ratón y el oso peludo:
—¡Por favor socorro, queremos salir, sin aire y sin sol nos vamos a morir.





El puercoespín preocupado por el peligro que acechaba a sus amigos trepó rápidamente la montaña de escombros, pero cuando estaba a punto de llegar a la cima, se resbaló con una cáscara de plátano y cayó rodando de espaldas hasta llegar a la tierra. Se paró nuevamente, pero antes de volver a trepar sintió que algo pesaba sobre su espalda, volteó su cabeza y vio que en sus espinas se había incrustado gran parte de la basura.

Fue entonces cuando se le iluminaron los ojos y exclamó:
–¡Qué gran idea!, si subo trepando y bajo rodando, pincho basura y trabajo limpiando!



Subió trepando y bajó rodando casi tres veces diez,
hasta que su espalda no pudo más, y quedó tendido en el suelo
sin poder moverse.

—¡Amigos, asomen sus narices, si empujan un poquito,
podrán salir felices! —gritó desde el suelo agotado
mirando hacia la cueva.





Los hurones, las zorrillas, la lechuza, los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana, el ratón y el oso peludo escucharon al puercoespín, ni tan grande ni tan pequeño y empujaron con fuerza hasta que entró la luz.

Salieron tosiendo, despacio y en silencio tratando de entender lo que había ocurrido, pero al ver al puercoespín aplastado en el suelo con sus espinas cargadas de desperdicios, corrieron a auxiliarlo.

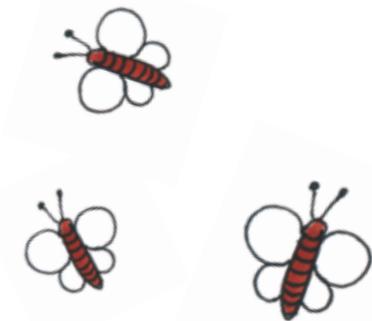
—¡No te preocupes Pancho Pincha, te vamos a ayudar, una a una tus espinas te las vamos a limpiar! —cantaban a coro los hurones, las zorrillas, la lechuza, los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana, el ratón y el oso peludo.



Inesperadamente, cuando apenas habían comenzado a limpiar la espalda del puercoespín, empezaron a carcajadas una y otra vez. Nunca imaginaron lo divertido que resultaría sacar la basura de las espigas del puercoespín. El cosquilleo se convirtió en una epidemia que contagiaba a cualquier animal que estuviera por los alrededores.

Desde ese día el puercoespín, ni tan grande ni tan pequeño, se transformó en el mejor "cosquilleador" de Carcajadablas. Nunca más volvió a esconderse con ojos tristes en el Roble que robleaba con el viento.





Todos los días bajaba orgulloso de sus espinas a divertirse con los hurones, las zorrillas, la lechuza, los mapaches, el ciervo, el sapo, la rana y el oso peludo, y cuando jugaban a las almohadillas, él era el rey del las cosquillas.

¿Qué pasó con los papeles, las botellas y restos de basura?, nunca se supo, quizás la tragó la tierra o algún niño o niña volvió a limpiar, pero me contaron que después de un tiempo "Carcajadablas" perdonó a los niños de la aldea y aquel bosque volvió a brillar.

Carcajareaba uno, carcajareaban tres, voltereta hacia delante, ¿quieren que se lo cuente otra vez?



CUENTOS DE MANANA

Toda experiencia que se le ofrezca a niños y niñas debe contemplar el respeto a la individualidad y a la vez favorecer la integración con sus compañeros, dándole la posibilidad de expresarse frente a sus amigos, hermanos y adultos, generando un sólido vínculo afectivo.

Este cuento aborda en forma lúdica y a través del puercoespín, sentimientos tales como el temor a ser rechazado por un grupo, la necesidad de pertenencia, la solidaridad y cooperación. Es una invitación a reflexionar sobre el autoconocimiento, descubrir el ser interior, y la importancia de su aporte en el entorno desde su propia singularidad. También destaca la responsabilidad ante el medio natural y su vulnerabilidad. Muestra el juego como instancia para compartir y relacionarse con el mundo que le rodea.